



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Raissa Maritain

(prosigue)

III Henry Bergson

"UNA IDEA DE LA VERDAD"

Entonces fué cuando la misericordia de Dios no hizo encontrar a Henri Bergson. Enseñaba en el Colegio de Francia, cuyos edificios están al frente de los de la Sorbonne. No había más que atravesar la calle de Saint Jacques y dar unos cuantos pasos por la calle "des Ecoles", pero esto no era tan fácil como se podría creerlo. Entre las dos instituciones se levantaba una montaña de prejuicios y de desconfianza; y muy particularmente de parte de los filósofos de la Sorbonne con respecto de la filosofía de Bergson. De suerte que era casi tan difícil a los estudiantes pensar en ir de la Sorbonne al Colegio de Francia como de la Sorbonne a la Iglesia de Santa Genoveva, sin embargo tan próxima.

El que nos hizo atravesar la calle, el que nos ha hecho pasar de una casa a la otra fué justamente el enemigo declarado del "historicismo" sorbonniano, Charles Péguy. Un día habiendo visto que nuestra decepción era completa, nos llevó al curso de Bergson.

Acabábamos de hacer el balance de lo que nuestros maestros nos habían dado como viático a nosotros los jóvenes que esperábamos de ellos los principios del conocimiento verdadero y de la acción justa, y no encontramos en nuestras manos más que muerte y

polvo. El positivismo pseudo-científico, el escepticismo y el relativismo hacían violencia en nosotros a esta "idea de la verdad, invencible a todo el pirronismo" de que habla Pascal, y sólo resistíamos por el sufrimiento a esta desmoralización del espíritu. ¿Podríamos acaso, a los dieciocho, a los veinte años, oponer una doctrina personal a todas aquellas doctrinas? ¿Podríamos refutarlas sistemáticamente y ver con claridad en dónde estaban sus errores? Por instinto luchábamos contra un relativismo sin salida, contra esa relación a la nada, puesto que no se admitía lo absoluto. A pesar de todo lo que podía oponerse, persistíamos en **buscar la verdad**,— ¿qué verdad?— el mantener en nosotros la esperanza de una plenitud de adhesión posible a una plenitud de ser.

Si, haciendo abstracción de toda teoría metafísica, quisiera formular, como lo habría podido hacer entonces, lo que eran para mí la verdad y el conocimiento, diría más o menos lo siguiente:

Con sólo pronunciar la palabra verdad mi corazón vibraba de entusiasmo. La belleza de este nombre resplandecía a mis ojos como un sol espiritual opuesto a todas las tinieblas — las de la ignorancia, las del error, las de la mentira, aun las de la iniquidad que es un error de medida y un engaño. Conocer la verdad Pleonismo. En la verdad ya hay conocimiento, como hay realidad y ser. Pensar la palabra verdad es subentender una facultad espiritual, pues sólo en ella se puede hallar una verdad. Es subentender la capacidad que esa facultad espiritual tiene para conformarse al ser, a lo real, y para

producir en ella misma la verdad. Y es también plantear la cuestión de saber si tal facultad existe.

Mas, pensar, tratar y plantear semejante cuestión es dar ya testimonio de que esta cuestión, aun antes de planteada, tiene una respuesta espontánea implícita y que esta respuesta es afirmativa.

En efecto, en la hipótesis de que la respuesta fuese negativa, nosotros no podríamos ni hablar, ni hacer preguntas de ninguna especie, puesto que negando toda posibilidad de adecuación cognoscitiva a lo real, quedamos desprovistos del medio de afirmar, de negar, de responder y de pensar.

Sin duda no podemos dejar de pensar; pensar es una función humana. Pero si no poseyéramos una facultad para captar lo real, nuestro pensamiento no sería más que un sueño, una función puramente subjetiva, una eflorescencia psíquica sin finalidad, aquel **epifenómeno** inventado por el mecanismo; por ningún título, ni siquiera a título de la "verdad relativa" de los sabios y de los historiadores, esa facultad no podría ser considerada ni como capaz de aquella verdad, cuya idea se impone en todo caso y a pesar nuestro al uso, ni como medio de comunicación humana. Por sobre nuestras almas, ella se elevaría como un vapor fuliginoso, como un fuego fatuo, danzando sobre un pantano.

En esta hipótesis toda hipótesis es inútil y sin sentido, ni se la puede calificar de verdadera ni de falsa, puesto que la verdad ha sido eliminada junto con la posibilidad de alcanzar lo real, y que lo falso no existe sino en relación con lo verdadero.

La hipótesis de que no existe facultad de aprehensión de lo real no puede, pues, formularse sino a título de duda metódica; pero no de duda real; es un procedimiento filosófico de investigación, pero no caracteriza la naturaleza del espíritu. De esto a lo menos estábamos seguros.

Como se ve, a la cuestión de si el hombre posee una facultad espiritual capaz de conocer la realidad, nosotros espontáneamente, instintivamente dábamos una respuesta afirmativa. Pero no podíamos establecer de una manera científica, filosófica, ni su legitimidad ni su alcance.

Esta filosofía de la verdad, esta verdad tan ardientemente buscada, tan invenciblemente creída no era para nosotros más que una especie de Dios desconocido. Nosotros le reservábamos un altar en nuestro corazón, le amábamos ardientemente sin conocerle; de antemano le reconocíamos todos los derechos sobre nosotros y sobre nuestras

vidas. Mas, lo que ella sería, y por qué caminos, por qué medios podría ser alcanzada, eso lo ignorábamos. ¿Se levantaría como el sol en una larga mañana de felices descubrimientos? ¿O como la luna, para no iluminar sino la noche de nuestra miseria? ¿Sería como el cielo estrellado, luz y tinieblas a la vez? Lo ignorábamos. Solamente sabíamos que tal como fuese, sería nuestra reina, y nosotros queríamos ser sus servidores.

Existía, pues, siempre en nosotros esta idea invencible de la verdad, esta puerta abierta sobre el camino de la vida. Hasta el día inolvidable en que escuchamos a Bergson esta idea de la verdad, esta esperanza de descubrimientos insospechados había sido implícita o explícitamente escarnekida por todos aquellos de quienes esperábamos alguna luz.

El curso de Henry Bergson

Encontramos al filósofo en todo el esplendor de su naciente gloria. Hacia tiempo había publicado ya sus dos grandes libros: **Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia y Materia y memoria**. Los leímos después; su doctrina filosófica la conocimos por sus cursos.

El arte consumado con el que Bergson exponía sus ideas y parecía arrastrarnos a todos en el proceso de sus descubrimientos no disminuía en nada la sutileza y la técnica de sus lecciones. no obstante, la gran sala en donde hablaba se hacía demasiado estrecha para contener a cuantos acudían ávidos de oírle.

Con Péguy, Sorel y Ernest Psichari llegábamos temprano para asegurarnos un lugar. Asistían también Henri Focillon, Jean Marx, Masson-Oursel y la poetisa Ana de Noailles. No era el snobismo, como estaría tentado a creerlo alguno, sino un seguro instinto, lo que guiaba a esos numerosos oyentes. no fuimos por cierto nosotros los únicos a quienes Bergson devolvió la alegría del espíritu al restablecer la metafísica en sus derechos.

Alguien que yo conozco bien escribió mucho más tarde que " el hombre es un animal que se nutre de trascendentales". En términos diferentes Bergson nos aseguraba que tal alimento estaba a nuestro alcance, y que somos capaces de conocer verdaderamente la real y que por la intuición llegamos a lo absoluto. nosotros traducíamos que podíamos verdaderamente, absolutamente, conocer lo que es. Poco nos importaba entonces que esto fuera por la intuición que trasciende los conceptos, o por la inteligencia que los for-

ma. Lo importante, lo esencial, era el resultado posible: alcanzar lo absoluto.

Con una crítica maravillosa penetrante, Bergson disipaba los prejuicios, antimetáfisicos del positivismo pseudo-científico, y llamaba al espíritu, a su función real, a su esencial libertad.

Su palabra elocuente y precisa nos mantenía en suspenso; toda distracción era imposible. Ni por un instante se desviaba nuestra atención ni rompía el hilo precioso del discurso. Sucedió como con la música perfectamente bella: su autenticidad, su riqueza profunda encadena el espíritu y no le permite evadirse. Si hay desfallecimiento en la atención pasiva del oyente, la hay sin duda también en el texto escuchado. Cuando el pensamiento de Bergson alcanzaba una de sus cumbres, como el día en que nos dijo, haciendo alusión a una frase del Apóstol (que yo entonces desconocía): "En el absoluto vivimos, nos movemos y somos", creaba en nosotros el entusiasmo y un reconocimientocimiento gozoso que debía subsistir a través de los años, aun a través de graves divergencias filosóficas, y a pesar de críticas necesarias y no atenuadas.

Péguy y Psichari, Jacques y yo formábamos un cuarteto exultante, porque se abrían de nuevo delante de nosotros perspectivas de vida espiritual y de certidumbres intelectuales.

Jacques y Ernest Psichari tomaban notas: ¿dónde están ahora? — Péguy y yo les fastidiábamos con este motivo. Las notas de Ernesto formaban un todo compacto sin puntos ni comas: nosotros decíamos que eran la imagen del correr continuo de la duración. Las de Jacques constaban de pequeños párrafos distintos: nosotros decíamos que ellos mostraban las articulaciones del pensamiento bergsoniano.

Cuando con el corazón palpitante me iba al Liceo volvía a encontrar en mí, la ligereza y la alegría de mi infancia.

Ibamos a las clases de Bergson emocionados por una curiosidad inquietante, y por una expectación sagrada. Volvíamos llevando nuestra cosecha de verdades o de promesas, vivificados por un aire saludable, exuberantes, prolongado más y más los comentarios sobre la lección del Maestro. Pasaba el invierno, iba a aparecer la primavera.

R a i s s a M a r i t a i n

